

JUEVES SANTO: MISA VESPERTINA

Con la Misa vespertina de hoy damos por concluida la Cuaresma e iniciamos el Triduo Pascual, que abarca los tres días siguientes: Viernes, Sábado y Domingo.

Es conveniente recordar algo de historia para poder comprender toda la riqueza de este día del Jueves Santo.

Tradicionalmente en la mañana de este Jueves, en vísperas de Pascua, se celebraba la Misa de reconciliación de los que durante la Cuaresma habían hecho el camino de los “*penitentes*”. Y también la Misa Crismal, en la que se bendicen o consagran los óleos y el crisma que se utilizan, a partir de la nueva Pascua, en cuatro de los sacramentos: Bautismo, Confirmación, Unción de enfermos y Orden.

Aunque la celebración principal de estos días, y por tanto de todo el año, es la Eucaristía de la Vigilia Pascual (más importante que la Misa de Pascua), la de hoy es también entrañable para el pueblo cristiano: recuerda la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor fraterno- con el gesto simbólico del lavatorio de los pies- y la institución del ministerio sacerdotal.

Cristo inició su “Triduo Pascual” con la Cena. Nosotros, también. El, cuando iba a emprender su Pasión, quiso anticipar sacramentalmente, con los signos del pan y del vino, su entrega en la cruz. También ahora su Iglesia, en miles y miles de comunidades en todo el mundo, celebra en esta Eucaristía el prólogo de la Pascua.

En ese Pan partido y en ese Vino compartido quiso Cristo que participáramos cada vez de su propia persona y de su Pascua.

Esta celebración no tendríamos que considerarla “*autónoma*” (algo así como el día de la caridad fraterna, o de la Eucaristía, o del sacerdocio), sino ver todos esos aspectos en relación íntima con la Pascua, con la muerte y resurrección de Cristo: instituyó la Eucaristía “la noche en que fue entregado”.

Vamos a presentar, aunque de una forma no exhaustiva, los contenidos de la eucología, pues nos van a ayudar a comprender y celebrar mejor el Misterio de este día.

En el corazón de la oración colecta expresamos con claridad qué es lo que celebramos: “... *para celebrar aquella memorable Cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna*”.

Hoy no solamente recordamos, sino hacemos memorial de aquella memorable Cena.

Al hablar de la Misa Vespertina del Jueves Santo se suelen tomar posturas quizá no correctas. Una postura sería no darle el valor que tiene, casi como olvidarla, pues no forma parte del Triduo Pascual. Aquí la historia y la teología deben unirse. Si mirando a la historia la ritualidad, podemos detenernos en el viernes-sábado-domingo; al dejarnos iluminar por la teología, vemos que la luz del Jueves Santo da cierta cohesión al Triduo Pascual. Aquella memorable Cena tiene una entidad no estática, sino dinámico esa Cena Jesús confió a la Iglesia un banquete, el de su amor. Sin amor divino y humano no podemos celebrar el Jueves Santo. También en aquella Cena Jesús rubricó, perfeccionó su Alianza con los hombres, sellándola con el sacrificio nuevo de su sangre. Olvidar el carácter sacrificial de la Eucaristía, sería no entenderla bien. El aspecto banquete de amor y sacrificio es inseparable.

La otra postura, ya la hemos indicado antes: es considerar el Jueves Santo como el día más importante de la semana Santa. Por desgracia todavía continúa la costumbre en algunos de asistir solamente a la Liturgia del Jueves Santo, donde han comulgado y así han cumplido con el precepto pascual, dejando a un lado la importancia del viernes-sábado y Domingo.

Lo que confió Jesús a la Iglesia aquella Cena es como su testamento: antes de entregarse a la muerte. La Cena mira a la muerte y ésta se comprende desde aquélla. Todo lo que Jesús hizo por su Iglesia alcanza su máxima expresión al morir en la cruz: expresión de amor eterno. Nosotros no solamente recordaremos lo que Jesús hizo por nosotros, sino que lo actualizaremos siempre que celebremos la Eucaristía.

La oración de las Ofrendas también tiene una gran riqueza teológica: “... *pues cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención.*”

Dirigirnos a Dios con esta oración el Jueves Santo es expresar que unimos misteriosamente la Cena del Señor y su muerte. Desde la Cena entendemos más la muerte y desde ésta nos damos cuenta de la densidad de la Cena.

Tanto la Cena como la Muerte del Señor son para nuestra Redención, para nuestra Salvación. No ahondamos más en esta línea, pues es evidente. Ir a la Eucaristía no es para cumplir solamente con un precepto de la Iglesia, sino celebrar nuestra redención, recordándonos la dimensión de coherencia de nuestra vida. La Eucaristía se continúa en nuestra vida y ésta lleva a la celebración de la Eucaristía.

La oración después de la Comunión apunta, indica, expresa, orienta la Cena del Señor hacia la Parusía. La Eucaristía es un mirar desde el presente hacia el pasado para tomar conciencia del memorial, pero orientados hacia el futuro, hacia el más allá, hacia la escatología. La Eucaristía es la celebración del Jesús histórico; pero teniendo en cuenta al Cristo glorioso, resucitado.

Examinemos el contenido de la Liturgia de la Palabra. La Primera lectura está tomada del libro del Exodo, 12, 1-8.11-14

El Capítulo 12 del libro del Exodo habla del Cordero Pascual; podemos ver en él tres secciones: *la ritual* (Ex 12, 1-14); *la celebración* (Ex 12, 21-28) y *la ley sobre quienes participarán en la Pascua* (Ex 12, 43-51)

En la sección *ritual*, se instituye la fiesta y se describe su liturgia como memorial de la salida de Egipto. Tiene forma de comida familiar y sagrada,: “

Hablad a toda la comunidad de Israel y decid: El día diez de este mes tomará cada uno para sí una res de ganado menor por familia, una res de ganado menor por casa.

Y si la familia fuese demasiado reducida para una res de ganado menor, traerá al vecino más cercano a su casa, según el número de personas y conforme a lo que cada cual pueda comer”

Y va unida al uso de la sangre como signo protector del hogar. “ *Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman.* ” “ *La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto.* ”

.En el centro del relato del éxodo, entre el anuncio y el hecho de la muerte de los primogénitos, se inserta el tema de la Pascua. Es la fiesta de la liberación en el seno mismo de la opresión.

Pertenece al ritual celebrar la fiesta “de prisa” *“Así lo habéis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, y el bastón en vuestra mano; y lo comeréis de prisa. Es Pascua de Yahveh.”*

Y, sin embargo, el autor se toma todo el tiempo para una legislación y una explicación detallada y supone una situación en que la familia se reúne con familia para la celebración.

La Pascua es una fiesta muy antigua, que celebraron ya seguramente los hebreos antes de su estancia en Egipto. Era una fiesta pastoril, celebrada en primavera, cuando comienzan la trashumancia los pastores. Consistía en el sacrificio de un cordero del rebaño, que era asado y comido con pan sin levadura y con hierbas amargas (comestibles, pero silvestres y no fruto del cultivo). Se ungían con la sangre del cordero los palos de la tienda con sentido propiciatorio.

La Fiesta de los Azimos, por su parte, era una fiesta paralela de los agricultores sedentarios, consistente en la ofrenda de los primeros frutos, las espigas de la cebada. Se comía en ella un pan provisional (“de aflicción”), hecho sin levadura, en espera de la cosecha del trigo, siete semanas después. No pudo ser celebrada por los hebreos en su condición nomáda, ni tampoco en Egipto, sino después de haber entrado en la tierra fértil, para marcar precisamente una nueva situación.

Esta fiesta no suprime la anterior, las dos viven acopladas en el espacio de una semana.

Como todas las fiestas de Israel, también la Pascua y los Azimos son vaciadas del viejo contenido, para recibir un contenido histórico, dado que fue en la historia en donde Israel conoció la salvación que celebra en las fiestas.

Las dos fiestas mencionadas vinieron a celebrar la liberación de servidumbre. La servidumbre y la liberación de Egipto son paradigmas de todas. Así lo enseñan los padres a los hijos de generación en generación.

El acoplamiento de los acontecimientos del éxodo en el marco de la Pascua primitiva lleva consigo reinterpretaciones. El nombre de la Pascua se deriva de *pasah*, saltar, pasar por alto, y se lo hace aludir al “paso del Señor”, cuyo ángel exterminador “pasa por alto”, dejándolas a salvo, las casas señaladas en sus dinteles con la sangre del cordero. La sangre propiciatoria se pone en relación con la décima plaga y con la liberación de los primogénitos hebreos. El tema de los primogénitos toma cuerpo en este contexto, porque, a raíz de ser rescatados por Dios de la muerte, se convierten en su propiedad. El carácter apresurado y como ya en viaje de la Pascua Primitiva y el carácter provisional de la fiesta de los Azimos se orientan hacia la situación presurosa de los hebreos, que salen de Egipto.

Las fechas de la celebración de las fiestas primitivas se mantienen y hasta se tornan objeto de rigurosa prescripción: *«Este mes será para vosotros el comienzo de los meses; será el primero de los meses del año»*. También hay prescripciones detalladas sobre el ritual, la calidad del cordero, quiénes pueden comerlo: *Hablad a toda la comunidad de Israel y decid: El día diez de este mes tomará cada uno para sí una res de ganado menor por familia, una res de ganado menor por casa.*

Y si la familia fuese demasiado reducida para una res de ganado menor, traerá al vecino más cercano a su casa, según el número de personas y conforme a lo que cada cual pueda comer

El animal será sin defecto, macho, de un año. Lo escogeréis entre los corderos o los cabritos.”

La actitud en pie es señal de la presura aludida. Toda esta legislación refleja el modo de celebración de la Pascua en época tardía. “6Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces.

7Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman”

8En aquella misma noche comerán la carne. La comerán asada al fuego, con panes Azimos y con hierbas amargas.

Sin duda hay a lo largo de la historia evolución y notables transformaciones. Hasta hay evolución en la valoración de su importancia y en la valoración relativa de una fiesta frente a otra; la Pascua predominó sobre los Azimos como la gran Fiesta de la liberación. El ritual que leemos en el Exodo recoge mucha praxis de la fiesta a lo largo de la historia, se densifican en él muchas etapas. La Pascua no es sólo memoria, celebración de un pasado que se apropia y se revive sacramentalmente; aunque objetivado en un modelo, ese pasado tiene una realidad viva y nueva en el momento de la celebración; pero, además, es promesa y esperanza, celebración adelantada de la salvación total. La Pascua cristiana asume el mismo sentido, pero con contenido nuevo: es el paso del Señor de la muerte a la vida, principio de la victoria de todos sobre el mal y sobre la muerte.

Lo que se celebra es algo muy importante: Es la *Pascua de Yahveh*. El v. 12 nos dice en qué consiste esta fiesta, la Pascua de Yahveh:

Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, Yahveh.

Esta celebración se apoya en un elemento visible: la sangre: “*La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto.*” Es una fiesta para recordar y seguir celebrando:

“Este será un día memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor de Yahveh de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre».

Con lo expuesto, creo que queda claro el significado de la primera lectura para comprender la Eucaristía.

El estribillo del salmo responsorial: “*El cáliz de la bendición es la comunión con la sangre de Cristo*” Estribillo de una gran densidad teológica.

La segunda lectura está tomada de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios, 11, 23-26.

Los corintios, al igual que las iglesias de Palestina, celebraban la eucaristía en el marco de una comida fraternal, que Pablo llama cena del Señor. Los grupos en que estaban divididos los corintios acabaron produciendo abusos graves contra la caridad y las buenas formas en la celebración de la Eucaristía. Los cristianos acomodados, quizá los del grupo de Apolo, llevaban comida y bebida abundantes a la asamblea; pero se negaban a compartir los alimentos con los otros grupos. Algunos

se entregaban a excesos e incluso se emborrachaban, mientras que otros se quedaban con hambre. Todo esto fue comunicado a Pablo.

Pablo les hace ver el escándalo de tales abusos, recordándoles la doctrina de la Eucaristía. *“Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.»*

Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.»

Les trae a la memoria la primera “última Cena”. Es algo que él ha aprendido de la comunidad primitiva y que ha transmitido fielmente a los corintios. Se trata del testimonio más antiguo que existe sobre la institución de la eucaristía. Escrito unos ocho años antes que el evangelio de Marcos, el relato que hace Pablo de las palabras de la institución es muy parecido al relato de Lc 22, 19-20: *“Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío.»*

De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros”, y probablemente es una muestra de la forma que se empleaba en la Liturgia de Antioquía. La forma de Mc y Mt representa más bien la liturgia de la Iglesia de Jerusalén. *“la Nueva Alianza en mi sangre”*: Alusión a la alianza del Sinaí, que se llevó a cabo con la sangre de las víctimas sacrificiales: *“Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: «Esta es la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros, según todas estas palabras.»* (Exodo 24, 8)

“Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.

La Iglesia, al celebrar el banquete eucarístico, debe proclamar la muerte redentora del Señor hasta el día de la parusía. Es el sacramento de la presencia invisible, que recuerda la muerte ocurrida y da en prenda el triunfo futuro. En esta perícopa, el Apóstol subraya el aspecto sacrificial del sacramento como memorial y símbolo de la muerte del Señor. Del mismo modo que la celebración de la Pascua conmemoraba la liberación de Israel de la esclavitud de los Egipcios, así también la eucaristía conmemora la liberación que Cristo lleva a efecto. La eucaristía es el anuncio de la muerte redentora del Señor, que la Iglesia proclama hasta su venida, cuando ya no será necesaria la presencia sacramental de Cristo.

Si la Eucaristía es esto; la cena del Señor (el ágape) debe tener otras características. De aquí que lo más efectivo fue la supresión de la cena antes de la Eucaristía.

Quizá nos falta relacionar más la vida con la Eucaristía y ésta con la vida.

El Evangelio está tomado del evangelista San Juan, 13, 1-15: Jesús lava los pies a sus discípulos.

Cuando Juan inicia el relato de la Última Cena, no nos cuenta la institución de la Eucaristía, como hacen los demás evangelistas, sino que lava a sus discípulos los pies. Este gesto ha tenido y tiene una importancia grande. En él se ha visto el papel de la Eucaristía, como entrega y como ejemplo. La Iglesia Primitiva descubrió quizá un significado que a primera vista parece no tener.

Antes de iniciar el discurso de despedida, Jesús realiza una *parábola en acción* en la que condensa toda su vida de entrega a los demás.

Vamos a analizar esta perícopa de una manera casi completa.

1Antes de la fiesta de la Pascua: Juan da a entender claramente que esta comida, así como el prendimiento, juicio y crucifixión de Cristo que vienen a continuación, ocurrieron en un mismo día, precisamente el que precedía a la Pascua. Según la costumbre judía, el día comienza con la puesta del sol.

No está menos claro que el relato sinóptico presenta a Jesús y a sus discípulos comiendo juntos la Pascua.

Para armonizar estas dos perspectivas se ha afirmado que Jesús y sus discípulos galileos celebraron la Pascua en un día distinto del oficialmente establecido para Jerusalén.

Si bien la mayor parte de los investigadores tiende a resolver las cuestiones de “historicidad” a favor de los sinópticos contra Jn, en el caso presente parece preferible aceptar el testimonio presencial de Juan sobre la fecha real de la última Cena y concluir que la tradición sinóptica ha dado el nombre de “Pascua” a una comida que se le parecía y sirvió como inauguración de la eucaristía cristiana, pero que realmente no constituyó una celebración de la Pascua judía. *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo”* El evangelista enuncia el tema del amor, presente en toda la escena y en el discurso que sigue. *“Los amó hasta el extremo.”* Jn afirma que cuanto sigue es la demostración final del amor de Jesús, o quizá más probablemente, que es la demostración suprema de ese amor.

2Durante la cena: Aunque Juan no narra la institución de la eucaristía, le lector cristiano tomará conciencia del significado que tiene esta comida en relación con la vida de Jesús. De ahí que Juan subraye esta acción como parte de tal significado.

“3 sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía,” Insiste san Juan en la conciencia de Jesús sobre su relación con el Padre. Esta conciencia demuestra que la intención de Jesús fue que esta acción: *“se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ceñó.*

Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido” constituyera un símbolo concreto de la humillación inherente a su condición encarnada: *“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo:*

El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.

Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre” (Fl 2, 5-7); esta acción pudo producirse con toda naturalidad con conexión con el episodio narrado por Lc 22, 23ss.

“Entonces se pusieron a discutir entre sí quién de ellos sería el que iba a hacer aquello. Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor.”

Era la tarea propia de un esclavo, aunque también la realizaban las esposas y los hijos menores.

6 *Llega a Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?»* La reacción de Pedro sirve para señalar la incongruencia aparente de lo que está ocurriendo: la inversión de los papeles de amo y esclavo.

7 *Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde.»*: Jesús mismo señala el significado del lavatorio de los pies en los vv. 12ss. Sin embargo, el sentido total de este signo será conocido por la Iglesia sólo mediante la ulterior iluminación del Espíritu Santo: “Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús” (Jn 2, 22)

8 *Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás.» Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo.»* Pedro demuestra inmediatamente que en realidad no comprende nada de lo que está ocurriendo, pues insiste en que Jesús no debería rebajarse tanto. «*Si no te lavo, no tienes parte conmigo.*». Esta acción tipifica toda la obra de Cristo, que Pedro debe aceptar como voluntad de Dios, pues así lo ha hecho también Jesús. Con toda probabilidad, Juan espera del lector cristiano que también él relacione las palabras de Jesús con su propio vivir y que recuerde la función del bautismo. Es la interpretación que comúnmente dieron los Padres a este pasaje.

9 *Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza.»* Pedro sigue hablando inconscientemente. Si Jesús insiste en lavarle los pies como condición para seguir siendo su discípulo, que sea así. Pero entonces que le lave todo el cuerpo, para que su parte con el Señor sea completa.

10 *Jesús le dice: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos.»* Lo que pide Pedro es absolutamente innecesario. El lavatorio de los pies, después de todo, no es más que un símbolo; no se trata de que los discípulos hayan de tener limpia esta o aquella parte de su cuerpo. Si poseen la unión con Cristo ya tienen todo lo que necesitan.

11 *Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: «No estáis limpios todos.»* Jesús acaba de afirmar que los discípulos como grupo están limpios, tal como lo significaba el símbolo del lavatorio. Sin embargo, hay uno que, si bien ha sido lavado, no está limpio. Ni los mismos sacramentos son capaces de purificar cuando la disposición interior es impura.

12 *Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?»* Se explica ahora, a modo de aplicación práctica, el significado que entraña el símbolo del lavatorio.

13 *Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy.* Este versículo es una declaración muy importante, es como una confesión, es como una señal que está pidiendo un punto de referencia. Cualquier gesto de Jesús debe ser interpretado desde esta afirmación.

14 *Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros.* No sólo han de participar los discípulos y todos los cristianos en los frutos de toda la obra de Jesús, sino que además han de imitar su espíritu. Su obligación es practicar la humildad significada por esta acción, que ha

sido incorporada al pie de la letra, hasta cierto punto, en la actual liturgia de la Semana Santa.

15 Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. Se reitera la obligación con distintas palabras. Cristo, que nos limpia, que nos purifica para nuestro bien; también nosotros debemos purificar y hacer el bien a los demás.

A manera de conclusión:

Hemos centrado la importancia del Jueves Santo en su contexto Litúrgico, como prólogo del Triduo Pascual. No debemos olvidar que no se trata de hacer una charla sobre el Jueves Santo, sino saber qué es el Jueves Santo.

Hemos explicado la ritualidad de la Pascua Judía mediante el texto del Libro del Exodo. La Pascua cristiana le da otro sentido a la Pascua judía; pero no la vacía de su contenido. Quedarnos en la Pascua judía no sería lícito, pues nos veríamos privados de la aportación salvífica de la Pascua Cristiana.

En la segunda lectura hemos visto cómo celebraba la Iglesia Primitiva la Pascua Cristiana: La Eucaristía. Es útil no olvidar lo esencial, pues así nunca podremos desfigurar lo que es la Eucaristía.

El Evangelio no nos habla de la Institución de la Eucaristía. Quizá algunos pensarán que no ha sido bien elegido el Evangelio del día. Nosotros creemos que sí, pues San Juan nos habla de un gesto de Jesús en la última Cena que indica todo lo que el Señor ha hecho por nosotros y lo que nosotros debemos hacer por los demás. El lavatorio de los pies no es solamente un acto de humildad, sino que es expresión de lo que el Señor debe hacer: entregarse, humillarse, darse a los demás.

Si está bien en un sentido pedagógico que consideremos el Jueves Santo como el día de la institución de la Eucaristía, como el día del Sacerdocio, como el día de la Caridad; pero en un sentido teológico esta visión no es correcta; debe ser contemplado el Jueves Santo en el conjunto del Triduo Pascual.

Por último decir: que no es lícito magnificar el sentido del Jueves Santo, como el día más importante de la Semana Santa; pero tampoco es lícito desvalorarlo, como si fuera una especie de apéndice. La Teología y la Liturgia deben darse la mano para que el Jueves Santo sea lo que tiene que ser.

